

ARTE EN COLOMBIA

Por SOPHY PIZANO DE ORTIZ

Sería para mí tarea imposible de realizar, dada mi poca capacidad para la síntesis, enunciar siquiera un esbozo de las múltiples fases artísticas del pueblo colombiano desde las épocas de aquellas civilizaciones aborígenes halladas por los conquistadores españoles en nuestro territorio, especialmente la chibcha, la quimbaya, la de Tierradentro, las de los muzos, marquetones y gualies, la enigmática arqueología agustiniana y tantas otras mas, que a mi modo de ver no tuvieron influencia directa en el arte iberoamericano desarrollado posteriormente en el Nuevo Reino de Granada. Así, pues, solo habré de limitarme a tratar someramente sobre aquello que entre nosotros hemos convenido en denominar **arte colonial**.

España difundió con igual generosidad a través del Nuevo Mundo, junto con la religión de Cristo, la lengua de Castilla y el impetuoso torrente de la sangre ibérica, su arte y su cultura. Pero es preciso reconocer que Méjico y el Perú ocuparon lugar prominente, no solo en cuanto a la historia se refiere, sino también con respecto a la modalidad arquitectónica del período colonial. Esto se debió sin duda a la fama de riqueza de que gozaban aquellos dominios, renombre que atraía, como era natural, a gentes de elevada posición en la Península, ya que nuestros indígenas carecían de una refinada sensibilidad artística, de la cual anteriormente sí habían dado pruebas los de aquellos virreinos, donde los conquistadores hallaron una enorme civilización autóctona, representada en monumentos y tradiciones, base que sirvió para el desarrollo del arte que los maestros metropolitanos llevaron y que luego fue interpretado y adaptado por la imaginación vivaz y al mismo tiempo ingenua, de los artistas criollos de aquellas épocas.

No vinieron hasta nosotros artífices de fama en la madre patria debido acaso a las enormes distancias y al sinnúmero de incomodidades y riesgos de todo orden que había que padecer para poder llegar hasta las incipientes poblaciones del interior del Nuevo Reino de Granada. Pero esto no quiere decir que carezcamos de auténticas joyas artísticas de la época de la colonia y, podríamos enorgullecernos de poseer muchas mas, si la incuria y la ignorancia, ayudadas por el

trascuro del tiempo y la piqueta demolidora no hubieran destruido o deteriorado esas reliquias, verdaderos exponentes de las modalidades de un pueblo y herencia cultural de la nación. Sin embargo, lo que aún se conserva, sobre todo en Tunja, Popayán, Cartagena y Bogotá, es suficiente para evocar dignamente aquellos tres siglos de gloria, de fe, de audacias increíbles.

No abundan en nuestras viejas ciudades las casas de tipo "palaciano", tan comunes en España en los años de la conquista y de la Colonia y, por lo que nos resta de las construcciones civiles de la época, claramente se deduce que los estilos dominantes fueron "el rústico del grupo meridional" y el "asturiano" y que no fue el arte la característica de tales edificaciones, sino más bien su adaptación al medio, a los climas y a las necesidades familiares. Esto hace suponer que quienes tales casas construyeron, eran en su mayoría gentes venidas de los pueblos o aldeas de la Península, que reproducían en el Nuevo Reino las más o menos modestas viviendas que en su lejana patria habían abandonado.

De las casas de estilo "palaciano" que pudieron existir en Santafé, quedan muy pocas, siendo actualmente la única bien conservada, aunque con múltiples modificaciones que le restan grandeza, la de los Marqueses de San Jorge, "aureolada por el escudo nobiliario de los Maldonado de Mendoza y centinela insomne del pasado", como muy bien lo dijera el historiador Raimundo Rivas.

Mezcla curiosa de estilos diferentes, solo se ha hecho popular su característica de construcción llamada comúnmente "colonial" y se desconoce por completo el aspecto muy interesante de la parte interior del palacio, cuyo segundo patio es casi una reproducción del popular patio morisco de la Casa de Chapiz, en el barrio del Albaicín de Granada. Árabe también se creyera el primoroso jardín, que al verlo hace evocar algún rincón florecido de los huertos de la Alhambra: todo este conjunto interno demuestra que quienes lo idearon fueron gentes venidas de Andalucía e influenciadas por el arte que en España iniciara el Califato.

También en Tunja, Popayán y Cartagena, en el corazón de aquellos barrios de típicas callejuelas tortuosas y de plazas deliciosamente íntimas que conservan el sello inconfundible de las antiguas ciudades españolas, se yerguen todavía viejas casas de arquitectura colonial, que en el dintel de sus macizos portales lucen en medio de complicados lambrequines, los escudos nobiliarios que indican el linaje de sus dueños y los hechos gloriosos de sus antepasados, tal como la mansión de la familia Ladrón de Guevara en la ciudad de Tunja. Por desgracia, aquí como allá, la ola de reformas que en nombre del progreso nos arrolla, terminará muy en breve con los últimos vestigios de un pasado que es la esencia misma de la historia y de la raza.

En la calle antiguamente llamada "de la Moneda", formando parte del único barrio bogotano que todavía conserva las características de la ciudad de nuestros abuelos, luce su bella y clásica arquitectura de rancio estilo colonial, con balcones corridos y desiguales ventanas defendidas por hierros del siglo XVII, la Casa de Moneda de Santafé, fundada hacia 1622 por don Alonso de Trujillo y Yebra, opu-

lento peninsular, al cual le fue concedido este privilegio junto con el de Administrador y Tesorero de la misma; pero tocóle a su sobrino don Antonio de Vergara y Azcárate, Caballero de la Orden de Santiago, iniciar los trabajos de construcción del edificio, concluyéndolo poco más tarde el Capitán don José de Ricaurte, natural de Salamanca en el Reino de España.

Sobre el friso y el arquitrabe del viejo portalón claveteado, vemos hoy día algunas inscripciones esculpidas en la piedra; pero, el real escudo que antaño coronaba la portada, fue destruído a cincel por la mano de algún exaltado patriota en los borrascosos días de la Independencia. Muchos otros, entre ellos el del pórtico de la "Casa de las Aulas", hoy Museo de Arte Colonial, corrieron igual suerte, salvándose aquellos que, como el que decora el frontis de la Capilla del Sagrario, no era fácil alcanzar.

La arquitectura monástica se difundió con mayor unidad en su ascendencia hispana y es de tenerse en cuenta la similitud que existe entre monumentos de esa índole que vemos hoy día en España, y los que se conservan, no solo en nuestro país, sino en otras naciones americanas.

Los claustros y el patio del antiguo monasterio de Santa Inés, destruído por un incendio; Santo Domingo y el Hospicio, ya desaparecidos, éste último primer noviciado de los jesuitas antes de funcionar en él la Inclusa, tenían una semejanza muy notable con el convento de San Francisco de Quito, y a su vez podría creerse que todos ellos fueran reproducciones del Hospital Militar de Málaga, o de la casa de Rodrigo de Jerez en Sevilla. Hasta hace algunos años se conservaba intacto un pequeño patio que formaba parte del convento de los Capuchinos, verdadera joya artística por la armonía de sus proporciones y la belleza de las columnas de piedra que soportaban los clásicos arcos de medio punto. Desgraciadamente desapareció también para dar sitio al edificio que ocupa el Colegio Departamental de la Merced.

Con la llegada de los primeros Auditores coincidió el establecimiento de franciscanos y dominicos en Santafé y por entonces surgieron gran número de edificios religiosos, debido en parte al espíritu creyente y devoto de sus habitantes, gracias al cual se multiplicaron en corto tiempo los templos y capillas, llegándose a contar a principios del siglo XVII, once iglesias dentro del perímetro de la incipiente ciudad.

Exponentes del racionalismo constructivo, en el cual los elementos tienden a una finalidad y responden a un lógico desarrollo, guardan nuestros viejos templos el sello inconfundible de las sólidas construcciones del siglo XVI, monumentos macizos que parecen desafiar al tiempo y que sobrios y señoriales se levantan en medio de los modernos rascacielos de cemento armado que van desalojando rápidamente el recuerdo amable de la época colonial.

En las postrimerías del año de 1538, tocóle al Arzobispo Fray Luis Zapata de Cárdenas, iniciar la construcción del templo y del convento de la Concepción, siendo este monasterio el primero que para mujeres se fundara en la capital del Nuevo Reino de Granada, obra que como la de la iglesia, se debió a la generosidad del rico comerciante

Luis López Ortiz, quien deseando emplear sus caudales al servicio de Dios, los construyó a sus expensas.

El templo de Santa Clara desnudo en su exterior de brillo decorativo, con macizos muros de piedra tosca que le dan el aspecto de una fortaleza, con sencilla espadaña en el cruce de la esquina, trae a la memoria el recuerdo del ilustre santafereño ahijado de Jiménez de Quezada, don Hernando Arias de Ugarte. El convento que en buena hora fundara el arzobispo, prestó asilo a hijas de conquistadores e hidalgos y allí se consumieron muchos días de María Lugarda de Ospina, cuya sombra atormentada, aún parece que se recata tras las moriscas rejas de la solitaria penumbra del coro.

Austera y sobria construcción la de Santa Inés, condenada también a ser demolida para llevar a cabo la ampliación de la carrera 10ª, haría pensar en aquellos monasterios de las órdenes militares tan comunes en la Europa de la Edad Media, si no rompieran armoniosamente el conjunto casi agresivo de su fría arquitectura, dos bellos portales de piedra tallada que suavizan el frontis adusto de la arcaica iglesia que soñara don Juan Clemente de Chaves.

La Tercera, San Juan de Dios y San Agustín, exponentes de la más rigurosa lógica constructiva, característica peculiar al estilo santafereño; San Francisco con bellísimos arcos clásicos y fachada de piedra que diseñó Domingo Esquiaqui; la Capilla del Sagrario que don Gabriel Gómez de Sandoval hiciera construir en 1660, luce en su frontispicio, rematado por doble espadaña, elegante portada de estilo plateresco dibujada por Miguel de Acuña, y la Capilla del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, para la cual esculpiera Pimentel una hermosísima testera que parece inspirada en la de la Hospedería de Romeros en el Hospital del Rey, en Burgos, o en la del Hospital Militar de Santa Cruz en Toledo.

La Recoleta de San Diego en mala hora restaurada, acusa un marcado carácter rústico en su arquitectura de expresión netamente rural y es así mismo el legítimo exponente de las construcciones de tipo basilical que con tanto acierto supieron explotar los españoles en la edificación de nuestros templos, imprimiéndoles aún a los más humildes un sello exterior de grandeza por la variedad de los elementos agrupados alrededor del cuerpo central del edificio; conjunto en que las masas y volúmenes distribuidos en un perfecto sentido de la perspectiva, juntan a su aspecto grave la más encantadora simplicidad. Creación sencilla e ingenua que en un sentimiento espontáneo alejado del rigorismo frío y calculador, se prodiga en capillas y camarines, bastiones y ventanas, aleros y tejadillos que en su caprichosa distribución dan al conjunto su peculiar atractivo.

Su amplia techumbre y sus muros encalados sirvieron también de marco a la encantadora figura de nuestro santo familiar Fray Rafael Almansa, cuyo espíritu vaga por el soleado patio a la sombra de la vieja espadaña colonial.

Trasunto de la complejidad del alma española, parece que ella palpita en esas obras donde se aúnan la severidad y la grandeza, con todo el encanto de la fantasía de aquella raza que sigue siendo la misma pendenciera y heroica de los Tercios de Flandes y la de los defen-

sores del Alcázar de Toledo; la torturada y trágica de los autos de fé; la de hoy, movida por la mística de antagónicas teorías políticas y sociales; la idólatra y despreocupada al pie de la Macarena; siempre vibrante como una saeta andaluza en la que parece que alienta a través de los siglos el alma agarena; alegre como el repiquetear de unas castañuelas y profunda, grave y misteriosa como el atormentado "cante hondo".

Y para terminar la enunciación de los templos coloniales de la ciudad, es preciso citar a La Peña, amorosamente conservada por su actual párroco; San Ignacio, exponente típico del estilo jesuítico; La Candelaria y por último, la iglesia de Santa Bárbara, a la que con tanto acierto como buen gusto se le ha demolido la moderna torre que la deformaba, para reemplazársele por sencilla espadaña, similar a la que remataba su frontis en los amables y lejanos tiempos de nuestros abuelos.

Me sería imposible dejar de mencionar el Palacio de la Inquisición, en Cartagena; las iglesias de San Francisco, San Ignacio y Santo Domingo con su maravillosa Capilla del Rosario y la Casa del escribano Juan de Vargas inteligentemente restaurada por el maestro Luis Alberto Acuña, en la ciudad de Tunja; los templos de San Francisco y Santo Domingo en Popayán y la casa llamada del Virrey, en Cartago.

En un lejano rincón del departamento de Boyacá, se encuentran dos ejemplares riquísimos del mejor "renacimiento español"; me refiero al monasterio y al templo de Nuestra Señora de Monguú, que entre los monumentos rurales de su índole parecen ser los más hermosos e interesantes que nos legara la Colonia, no solo por la pureza de su estilo, sino por la manifiesta armonía del conjunto con respecto al ambiente que los rodea.

Tres graderías, central y colaterales, todas ellas de piedra con pasamanos cilíndricos y bellas pilastras con capiteles corintios rematados con esferas, dan acceso al atrio, solado con grandes losas.

El frontis de la iglesia, trabajado en piedra de sillería, forma un solo cuerpo con el paredón del convento, levantado éste en dos plantas, con puerta de arco y cornisa adornada con una hornacina que guarda la imagen de San José; cinco balcones altos con tejadillo y cuatro ventanas bajas completan el exterior del manasterio en su frente. Un enorme monolito primorosamente tallado con flores y ramaje, sostiene el techo del zaguán. Traspuesta la clausura se encuentran amplias galerías de clásicos arcos sostenidos por columnas de piedra que rodean el patio, el cual conserva la hermosura y la nobleza de los patios españoles del siglo XVI.

Ostenta la iglesia bello portal coronado por una ventana geminada de doble arco, guarnecida de reja, y los escudos de las órdenes dominicana y franciscana; nichos con imágenes de los fundadores de estas religiones y una de la Virgen María entre dos ventanas rectangulares. Tienen las torres, bajo ménsulas de piedra construídas probablemente para soportar balcones de hierro, grandes escudos con las armas reales de España, semejantes al que adorna la fachada del colegio de los Jesuítas en Salamanca.

Iniciado ya el "barroco" por el genio tempestuoso de Miguel Angel al romper las tradiciones que le estorbaban para esculpir en el mármol su inmortal David, bien caía la simiente en el alma misma del pueblo español, cuyo arte había alcanzado el ápice del clasicismo y de la sencillez en las obras de Herrera; era propicio entonces el momento para dar a la arquitectura, ciencia abstracta y matemática, un alma que la tornase subjetiva al plasmar en la materia algo del espíritu mismo del artífice, que desechando la copia, imprimiera a los elementos las modalidades esenciales del sentimiento racial.

El arte hispánico que había tenido el influjo sucesivo del estilo romano, gótico-francés y árabe-bizantino, hacía presentir aún en pleno "renacimiento", el tránsito al "barroco", al dar mayor amplitud a las curvas y a las volutas, hasta llegar, repudiando las fórmulas puristas, a tratar con entera libertad los elementos arquitectónicos y decorativos.

Explica mucho de la índole de su raza y del sino de su cultura, el que al estilo del hecho consumado y estático del "renacimiento", oponga España el arte "barroco" potencial y dinámico, donde alienta una viva tensión, un sentimiento de emoción que se manifiesta en una extensa movilidad, en la elevación de las curvas que al ascender convertidas en espirales, parece que quisieran buscar el mundo del espíritu y hacer visible la luz de un más allá escondido en la oscuridad.

En la infinitud atormentada del barroco palpita un ideal de libertad contra el límite de la forma, contra la perfección intransigente del clasicismo y es como la última voluntad estilística de España que manifiesta lo más profundo e íntimo de su cultura, comunicando a los contornos una deliberada inquietud y esfumando la realidad en el juego de una ilusión.

Cuando queremos comprender algo de lo más hondo de esta cultura, tendremos que acudir a desentrañar el misterio singular de porqué España se despidió del mundo antiguo lanzando a través de las artes del espacio el último patético estremecimiento de la piedra empapada en el sentimiento de lo infinito.

Este arte inconfundible alcanzó enorme apogeo en el virreinato del Perú y en Méjico, adonde fue llevado por los colonizadores, quienes importaron gran cantidad de artesanos, "técnicos", como diríamos hoy, que legaron a la posteridad obras de estilo tan puro como las metropolitanas, pues si bien utilizaron los elementos peculiares a cada región, "los artífices eran maestros adiestrados en España". No sucedió lo mismo en el interior del Nuevo Reino de Granada, debido tal vez a las circunstancias anteriormente apuntadas de las dificultades que hubieran tenido que vencer los maestros peninsulares para llegar a la meseta colombiana; así pues, tenemos que convenir en que la mayoría de nuestros monumentos coloniales son únicamente la resultante del estilo español común de la época y no el fruto de la genialidad de ningún artista determinado.

Si bien el estilo barroco no dejó huellas apreciables en la arquitectura santafereña, en cambio nuestros imagineros supieron prodigarle en la ornamentación interior de los templos y capillas.

La iglesia de la Tercera, terminada hacia 1780, guarda tras su sobria arquitectura exterior una riquísima decoración tallada en madera oscura, producto de la extraordinaria fantasía y exaltada imaginación del santafereño Pedro Caballero, artista genial y como tal, inexperto financista, quien habiendo hecho un presupuesto errado para la realización de su obra, vióse obligado a terminarla a sus expensas, con lo cual se arruinó y poco tiempo después, lo mismo que Vásquez, perdió la razón y murió loco.

El precioso retablo de la iglesia de San Francisco, obra maravillosa en su profusión de columnas estriadas y relieves ornamentales, retablos e imágenes policromadas, conjunto bello y armonioso donde parece prodigarse el espíritu franciscano en un canto a la naturaleza y a la vida con el amor del Santo de Asís por la obra del Señor Dios, toda limpia de pecado. Cabezas y rostros hermosísimos; cuerpos que se modelan perfectos bajo los pliegues de las ricas telas recamadas de oro; joyas que adornan los cuellos y las cabelleras de las vírgenes, severas y majestuosas dentro de una gracia infinita sin vestigio alguno de arte pagano, son la demostración de la armonía y de la Santa Belleza dentro del concepto del Probrecito de Asís, espíritu de artista que supo valorar sin deformaciones la obra de Dios, y cuya vida toda fue un canto de acción de gracias para el que hizo las flores y el agua, el pajarito que canta, y las fieras... el hermano hombre y el hermano lobo.

Ya no quedará sumido en el olvido de los remotos días coloniales el nombre de Ignacio García de Ascucha y Solórzano, ensamblador y arquitecto, quien por los años de 1622 y 1623, según refiere Guillermo Hernández de Alba en una de sus interesantes crónicas, ante el escribano Luis Gómez, registrador de escrituras públicas, se comprometió a labrar el retablo de San Francisco, legándonos con su obra una de las más preciosas joyas del arte indohispánico.

La Candelaria y Santa Clara, San Agustín y Santa Inés —en mala hora destinada a desaparecer—, San Juan de Dios y en general todos nuestros templos, guardan en su recinto bellísimas obras de talla; desgraciadamente no siempre ha sabido apreciarse el valor artístico y tradicional que encierran y, casos se han dado, como el de Monguí, en que ricos trozos de madera tallada y dorada, fueran “utilizados” para prender fuego, según me lo relatara un miembro de la Orden de San Francisco.

Es digno de tenerse en cuenta el hecho de que los monumentos que en América guardan vestigios de mudejarismo inconfundible, pertenezcan en su mayoría a iglesias o conventos de la Orden Franciscana, tales como la bellísima torre del templo de San Francisco de Cali, construída bajo el gobierno del virrey don José Solís Folch de Cardona, maravillosa joya colonial revestida toda ella de legítimos azulejos moriscos y erigida por donación que de sus bienes hiciera el eclesiástico don Nicolás de Hinestrosa.

Cuentan las crónicas de la ciudad, que su edificación fue confiada a un negro esclavo condenado a muerte por asesinato, a quien se le ofreció el indulto siempre que la obra quedara a satisfacción general, cosa que obtuvo, logrando así salvarse del patíbulo.

El templo de San Francisco de Tlaxacala en Méjico, conserva en su única nave un rico artesón de cedro de estilo mudéjar; San Francisco de Santiago de Chile con su puerta de zapatas y dintel tallado, de igual origen; San Francisco de Lima con techo y zócalos cerámicos en el claustro, serán exponentes de una modalidad artística determinada y peculiar a una orden religiosa trasladada a tierras americanas, o sencillamente es la prolongación del espíritu de su fundador que sintió tan hondamente la belleza en todos sus aspectos y supo captar su esencia misma en el misterioso lenguaje de las cosas?...

Si bien es cierto que Méjico y el Perú pueden gloriarse de un mayor florecimiento en su arquitectura colonial, nosotros podemos enorgullecernos de haber llegado a un más alto grado en el arte pictórico no solamente con respecto a estos dos virreinos, sino a todas las colonias indo-hispánicas, pues si en aquellos tiempos descollaron en Quito, Luis de Rivero y Juan de Illescas, el Padre Vedón, Miguel de Santiago y luego su sobrino y discípulo Goríbar, no alcanzan ellos a superar a Gaspar y Baltasar de Figeroa, Francisco de Sandoval, Antonio García del Campo, Tomás Fernández de Heredia y mucho menos a igualar a nuestro genial Vásquez, quien tiene una superioridad innegable sobre todos los pintores de los tiempos de la dominación española en América. Y por último Joaquín Gutiérrez cierra el ciclo de nuestros llamados pintores coloniales y en quien se nota de manera muy marcada la influencia de los pintores europeos de fines del siglo XVIII.

Vinculada estrechamente a la vieja tradición española, guarda la "Casa Colonial" de Bogotá hermosas colecciones de cuadros que demuestran la evidencia del florecimiento artístico durante el lapso comprendido entre la segunda mitad del siglo XVII y la primera década del siglo XIX, siendo interesante observar la innegable influencia que sobre los artífices del Virreinato de la Nueva Granada ejercieron algunas escuelas europeas de entonces y de manera muy especial, la sevillana.

Acero de la Cruz, Gaspar y Baltasar de Figueroa, Francisco de Sandoval, Tomás de Heredia y el máximo Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos, figuras sobresalientes en el arte pictórico neogranadino, nos legaron en sus obras la tradición recibida de España sin influencia "mestiza" alguna y por lo tanto puede considerárseles como pintores europeos nacidos en tierras de América, ya que la técnica, composición y aún el colorido de sus cuadros se hallan absolutamente distanciadas de los que llevaron a la práctica por esos mismos años, el potosino Pérez Olguín, el indio Miguel Cabrera en Méjico, Manuel de Samaniego y Miguel de Santiago en Quito, y muchos más.

Es interesante observar que la clásica pintura "santaferña", toda ella impregnada del misticismo español de la época, se distingue por la ausencia casi total de motivos profanos, prodigándose en cambio

en los temas religiosos, sin que sepamos a ciencia cierta si esta tendencia fuera la resultante de un estado de alma colectivo, o si acaso la inspiración de los artistas se hallaba, por decirlo así, sujeta a la voluntad de quienes deseando enriquecer los numerosos conventos e iglesias, no tenían otro interés que la representación de vírgenes y santos de su peculiar devoción.

Hecho semejante debía acontecer en los recatados hogares coloniales, donde en salones y recámaras, según puede comprobarse en crónicas que de aquellos tiempos se conservan, junto a los lienzos y retablos de tema religioso traídos de España por los abuelos, lucían las místicas figuras pintadas por artistas criollos que entre nosotros prolongaban la tradición de la pintura europea, inspirados quizás en estampas y grabados, o en aquellas obras trasladadas al Nuevo Reino de Granada por arzobispos, virreyes, oidores y personajes notables venidos de la metrópoli a la remota Santafé y entre cuyos bienes figuran a menudo en documentos que se conservan en el Archivo de Indias de Sevilla, cuadros del divino Morales y Pablo de Céspedes, Zurbarán y Alonso Cano, Murillo y Mateo Cerezo, José Antolínez y hasta "una cocina grande firmada por Rubens", que con otros muchos cuadros de gran mérito, legó el Excelentísimo Sr. Don Antonio Caballero y Góngora (El Arzobispo Virrey), "a favor de los arzobispos sus sucesores".

Más de cuatro siglos de historia van corridos desde que Don Gonzalo Jiménez de Quesada descendiera de su caballo andaluz y con su recia mano de conquistador que con tanta galanura manejara también la pluma del letrado, arrancara el puñado de hierba, símbolo de una raza vencida y retara a singular combate a quien fuera osado a disputar la posesión de la nueva villa, a su muy amado emperador, el señor don Carlos V.

Lentamente las edades de la patria han ido grabando en la ciudad la huella de su historia; alegre en la embriaguez de sus triunfos; atormentada y dolorosa en veces, pero siempre orgullosa y altiva, conciente de su señorío de "ciudad muy noble y muy leal", título que el monarca español le concediera.

Un sencillo deber de cortesía hacia quienes hayan de conocer esta disertación sobre arte, me obliga a no fatigar por más tiempo su atención; pero, por lógica asociación de ideas y recalcando aquí, lo que dije al principio referente a mi poca capacidad para la síntesis, deseo hacer solamente unas pequeñas observaciones, que a manera de la usual "moraleja" con que de ordinario terminan las pláticas y... por qué no decirlo?, las fábulas, deseo plantear.

A mi entender, es preciso que la juventud de hoy conozca no solo los adelantos de la ciencia, que en su vertiginosa carrera parece simbolizar el galope desenfrenado de los corceles apocalípticos, sino que en el discurrir de estos tiempos de mecanización, psicoanálisis y asombrosos adelantos en el campo nuclear, vuelva los ojos al pasado para hallar a la vez un remanso, un oasis tranquilo; que observe con espíritu desprevenido de modernos prejuicios, aquellas cosas pretéritas

y amables. Estudiar la historia del arte no solo en los áridos textos olorosos aún a tinta de imprenta, si no aspirar también el aroma de incienso que por siglos embalsamara el ámbito de nuestras viejas iglesias y capillas. Contemplar en ellas los lienzos y las imágenes venidos de España o salidos de los obradores santafereños o quiteños, obras en ocasiones, de tan angustiado realismo, que muchas veces suscitan en el ánimo de quien atentamente las observa, una compleja mezcla de admiración y de temor, como si dentro de la misma estatua alentara un espíritu, quizás el del artista que logró realizar tan extraordinaria concepción.

Es preciso conocer los tesoros recatados en el silencio de los templos, en el acogedor ambiente del Museo de Arte Colonial, en cuyo jardín aún se escucha el rumor del agua que cae en el tazón de piedra de la fuente del "Mono de la Pila" y en los salones en donde las efigies de los virreyes custodian con sus espadines al cinto, el tesoro que nos legara España con su civilización cristiana; las místicas figuras de vírgenes y santos inmortalizadas materialmente en lienzos y retablos salidos de los obradores santafereños, gracias al pincel mágico y a la gubia y el cincel de nuestros maestros ciollos; la imaginería en veces majestuosa o ingenua de los viejos talleres; la filigrana de la orfebrería y de la madera tallada por las manos morenas de los descendientes de quienes rindieron vasallaje a los conquistadores.

Y en esta peregrinación por los caminos del ayer, llegar al Museo Nacional, pasando por el Arqueológico; proseguir por las rutas de la historia de la república; emocionarse en la contemplación de las desgarradas banderas de las batallas de nuestra Independencia; de los retratos de grandes héroes, sabios y estadistas nacionales; de la partitura original del himno patrio y contemplar el florecimiento del arte piso superior del edificio, bellamente arreglado por la fina sensibilidad de Teresa Cuervo.

En cuanto al arte de hoy, esquemático y abstracto, nada puedo decir puesto que solo me reafirma, como lo dije anteriormente, en mi absoluta incapacidad mental para la síntesis.

BIBLIOGRAFIA

- Fray Pedro Simón: *Noticias Historiales de la Conquista de Tierra Firme.*
Ibañez Pedro María: *Crónicas de Bogotá.*
García Juan Crisóstomo: *La Arquitectura en Bogotá.*
Restrepo Tirado Ernesto: *De Gonzalo Jiménez de Quesada a Don Pablo Morillo.*
Hernández de Alba Guillermo: *El maestro del retablo de San Francisco.*
Rivas Raimundo: *Santafé de Bogotá.*